

Miércoles de ceniza



14 de febrero de 2024

Jl 2, 12-18

Sal 50

2Cor 5, 20-6,2

Mt 6, 1-6.16-18

P. Eduardo Suanzes, msp

En su mensaje para la Cuaresma de este año el Papa Francisco dice que «**a través del desierto Dios nos guía a la libertad**»¹. Desierto y libertad, dos términos que tienen que ser aclarados.

El **desierto** del que habla Francisco, es ese proceso en el que, habiendo recibido la llamada de Dios a la libertad interior, nos disponemos a atravesarlo acompañados por su promesa. Porque, dice Francisco, cuando nuestro Dios se revela en nuestros corazones comunica libertad. La razón por la que Dios se revela a nosotros es solo para hacernos libres. Y como el pueblo de Israel en el desierto, que aún carga con sus añoranzas de volver a Egipto, porque todavía está atado por la esclavitud de su pasado, nosotros también hemos de atravesar este tiempo de cuaresma, madurando nuestra libertad, en un proceso que no se realiza en un momento, sino que va madurando en el camino.

La llamada a la **libertad**, es ciertamente una llamada vigorosa, dice Francisco, y se va actualizando en cada día de la cuaresma: cada día de estos cuarenta que hoy comienzan es una llamada a la libertad. Porque seguimos llevando las ataduras de pasado y a veces lo seguimos echando de menos. Nos damos cuenta de ello cuando nos falta esperanza y vagamos por la vida como en un páramo desolado, sin una tierra prometida hacia la cual encaminarnos juntos. La cuaresma es este tiempo de gracia, donde podemos encontrar el amor primero.

Pero, advierte Francisco, el desierto no es un camino abstracto. **Para que nuestra Cuaresma sea concreta, el primer paso es querer ver la realidad.** Así como Dios se conmovió de la realidad de su pueblo en Egipto, ¿qué me conmueve hoy a mí sobre tanta postración que me rodea? ¿Qué nos sacude?

El camino cuaresmal será concreto si soy capaz de afrentarme a estas preguntas con honestidad: **¿dónde estás?**² y **¿dónde está tu hermano?**³ El camino cuaresmal será concreto si, al escucharlas de nuevo, confesamos con realismo que seguimos bajo el dominio del Faraón. Es un dominio que nos deja exhaustos y nos vuelve insensibles. Porque vivimos en un mundo en el que el modelo de crecimiento nos divide y nos roba el futuro; que ha contaminado la tierra, el aire y el agua, pero también las almas. Porque, si bien con la llamada de Dios ya ha comenzado nuestra liberación, queda en nosotros una inexplicable

¹ FRANCISCO. *Mensaje para la Cuaresma 2024*. Roma, San Juan de Letrán, 3 de diciembre de 2023, I Domingo de Adviento

² Gen 3,9. Es la pregunta que Dios le dirige a Adán que se había escondido...

³ Gen 4,9. Es la pregunta que Dios le dirige a Caín después de haber matado a Abel.

añoranza por la esclavitud. Es como una atracción hacia la seguridad de lo ya visto, en detrimento de nuestra libertad, dice Francisco.

Hay un detalle significativo, dice Francisco en el relato de la liberación del pueblo de Egipto: ***es Dios quien ve la esclavitud, quien se conmueve ante ella y quien libera, no es Israel quien lo pide***. El desastre dramático de ser esclavos de nuestro faraón particular es que, en efecto, él destruye incluso mis sueños, me roba mi cielo, hace que parezca inmodificable un mundo en el que se pisotea la dignidad y se niegan los vínculos auténticos. Es decir, mi faraón logra mantener todo sujeto a él. La pregunta es: ***¿deseo un mundo nuevo? ¿Estoy dispuesto a romper los compromisos con el viejo?*** Porque parece que el éxito más rotundo de nuestro faraón es el haber hecho **desaparecer nuestra esperanza**. Hoy vivimos en esa especie de nostalgia que tenía el pueblo de Israel al vagar por el desierto, deseando las cebollas y la carne de Egipto: parece que una y otra vez solo tenía ojos para mirar su esclavitud pasada deseando volver a ella, impidiéndole así avanzar. ¿Cómo se explican si no, que una humanidad que ha alcanzado el umbral de la fraternidad universal y niveles de desarrollo científico, técnico, cultural y jurídico, capaces de garantizar la dignidad de todos, camine en la oscuridad de las desigualdades y los conflictos?

Pero Dios, continúa Francisco, no se cansa de nosotros. Acojamos su voz que se vuelve a dirigir a nosotros en esta Cuaresma. En efecto, es tiempo de conversión, tiempo de libertad. Jesús estará con nosotros durante estos cuarenta días. **A diferencia del Faraón, Dios no quiere súbditos, sino hijos**. El desierto es el espacio en el que nuestra libertad puede madurar en una decisión personal de no volver a caer en la esclavitud. En Cuaresma, encontramos nuevos criterios de juicio y una comunidad con la cual emprender un camino que nunca antes habíamos recorrido. Esa es la esperanza de este tiempo. Por eso es que no es un tiempo triste y aburrido, es un tiempo alegre, brillante, esperanzador, porque lo que se persigue es nuestra libertad: ese es el horizonte de la Cuaresma.

Y debemos luchar por nuestra libertad. Porque más temible que nuestro faraón son nuestros ídolos tentadores: el sentirnos omnipotentes, reconocidos por todos, tomar ventaja sobre los demás...: todo ser humano siente en su interior la seducción de esta mentira. Se trata de no sucumbir al encanto de esta mentira. Mientras que los ídolos vuelven mudos, ciegos, sordos, inmóviles a quienes les sirven, los pobres de espíritu están inmediatamente abiertos y bien dispuestos; son una fuerza silenciosa del bien que sana y sostiene el mundo.

Es tiempo de actuar, y en Cuaresma ***actuar es también detenerse***. Detenerse en oración, para acoger la Palabra de Dios, y detenerse como el samaritano, ante el hermano herido: que el amor a Dios y al prójimo sean los dos ejes de nuestra Cuaresma. Cuando en el evangelio habla Jesús de la oración, la limosna y el ayuno, no está hablando de tres ejercicios independientes: se trata de un único movimiento de apertura, de vaciamiento, lejos de faraones e ídolos que nos aprisionan.

Si somos constantes en realizar esta camino, nuestro corazón atrofiado y aislado se despertará, entraremos en la dimensión contemplativa de la Cuaresma y estaremos más cerca del sueño de Dios. Amén.